

# LA VOZ DEL MAR

Hacía mucho tiempo que no veía el mar, los primeros pasos por la orilla fueron terriblemente agradables. Con cada ola que venía, mis pies se hundían ligeramente y les rodeaba una sensación de frescor que me erizaba el pelo de las piernas.

Respiré ese olor a sal que tan bonitos recuerdos me traía. El sol besaba mi piel ligeramente salpicada por pecas, obligándome a entrecerrar los ojos por los brillos que parpadeaban sobre el agua. El mar rugía con una fuerza animal. Metros de espuma nos separaban desde la arena hasta el azul del agua, creando una barrera opaca entre los dos mundos.

– ¿Me puedo bañar?

– Ya te he dicho que no, eres muy pequeño y las olas son muy grandes.

– Y tú muy aburrida.

Su respuesta me hizo soltar una risa ligera. Siempre había sido un chiquillo muy ingenioso, pero en ese momento cometió la mayor estupidez de su vida. Mientras yo le daba la espalda echó a correr directo hacia el agua. Para cuando quise darme cuenta, estaba atravesando con rápidas zancadas la barrera de espuma.

– Pero ¿qué haces, idiota?

– No pasa nada, mírame.

– ¡Vuelve aquí, te vas a ahogar!

Como el estruendo del mar silenciaba mis gritos, decidí correr hacia mi hermano. El agua ya le pasaba por encima de la cabeza, la cual perdía de vista cada vez que subía el oleaje.

Cuando dejé de tocar fondo me resultaba casi imposible encontrarle. El fuerte viento disparaba el agua en todas las direcciones, los ojos me escocían y no podía parar de tragar agua.

– Ayuda, ven, tata –escuché con tono divertido la voz de mi hermano a un metro de distancia.

Ahí estaba, bromeando que se ahogaba con los brazos en alto y la barbilla apuntando al cielo.

Nadé hacia él dispuesta a llevarle a la orilla.

– De verdad, que a veces te juro que te...

Estiré el brazo pero una mano me agarró entrelazando firmemente sus dedos con los míos, demasiado fuerte. Me quedé en silencio sin comprender, ¿cómo es posible que mi hermano me estuviese dando la mano? Estaba por lo menos a medio metro de distancia. Mi mano empezó a bombear por la presión. No

tenía sentido.

– ¿Qué te pasa?

Levanté el brazo, sacando a la superficie una extremidad verdosa y recia. Miré a mi hermano y, antes de poder decir nada, una gran fuerza vertical me sumergió bajo las olas.

Manchas verdes, azules, negras. La superficie se alejaba de mí a gran velocidad, tornándose todo cada vez más negro. De pronto, esa gran fuerza que oprimía mi mano me liberó pero, cuando intenté volver a la superficie, un cuerpo blanco y rígido me impidió subir.

Era un cadáver.

Sus ojos desorbitados y vacíos se clavaron en mi córnea, y de su boca salía una lengua oscura comida por el mar. Luchaba por quitármelo de encima, pero la marea me lo traía una y otra vez.

El tiempo se estiraba con crueldad, mientras que la ansiedad y la adrenalina empezaron a dejarme sin oxígeno.

Para cuando conseguí alcanzar la superficie el cielo se había vuelto gris, y el mar con él.

Tosiendo, caí de rodillas sobre la arena mojada. Cuando pude respirar con normalidad escuché, pero no escuché nada. Había una gran quietud en el ambiente: el aire, el oleaje, los gritos. Todo se había detenido.

Entonces oí mi nombre una y otra vez: me estaban llamando. Me levanté para ir hacia mi familia, pero ahí no estaba nadie.

– Ahora sabes lo que es desaparecer.

Como un susurro, escuché esas palabras acariciando mi oreja derecha. Me giré hacia el mar, me hablaba con voz tranquila y placentera.

– Ven conmigo.

Hipnóticas, mis piernas se estiraron para levantarme. La arena ya no estaba mojada y el agua tampoco fría. El viento cambió de dirección empujándome hacia el horizonte y todo parecía muy suave y ligero. Las manchas verdosas me rodearon, oscureciéndose suavemente hasta llegar al azul, y después al negro.

– Es cuestión de tiempo de que nadie te eche de menos.